

REPERTORIO AMERICANO

Tomo 6

Núm. 23

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 10 DE SETIEMBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Un consejo a la juventud

[Vibrante Editorial de *El Tiempo* de Bogotá, con motivo de la *Carta a la Juventud de Colombia*, que *El Tiempo* reproduce, y que vió la luz en el REPERTORIO AMERICANO N° 14, del tomo en curso].

EL mensaje de José Vasconcelos a la juventud colombiana, es un alto y noble documento, saturado de varonil optimismo y de recia energía. De par en par abre él las puertas del espíritu a nuevas ideas y a la visión de una intensa labor renovadora, basada en el desarrollo de nuestra propia personalidad, del alma latino-americana que empieza a tomar forma concreta y reclama su puesto directivo en la evolución de la humanidad.

El magnífico maestro mejicano dice a nuestra juventud cuál es, en sus grandes lineamientos, la obra que le corresponde realizar: engrandecer la patria dentro de su propia idiosincracia, con caracteres personales inconfundibles y sirviendo a un ideal superior de raza y de humanidad; romper las viejas rutinas y abrir paso a la justicia, con denodado y tenaz empeño. Y ya al final, exclama:

«Reflexione la juventud que no es sólo haciendo discursos como se reforma el mundo, sino preparándose para llevar a la práctica todas las ideas que a nosotros nos parecen buenas».

En esa frase vemos la síntesis del hermoso mensaje. Para acometer la vasta labor que se esboza, una cosa es necesaria: preparación moral e intelectual. En el tumultuoso vivir contemporáneo, no se puede luchar sin las armas de la técnica, y sin la energía y resistencia que da la salud del alma, efecto del desinterés, de la probidad, de la buena fe. Inteligencias finas o sabias al servicio de seres corrompidos, son factores maléficos, y las que lo fían todo al vigor natural y no piden al estudio constante y disciplinado los elementos que la complementen, apenas podrán realizar obra superficial, brillante mariposeo del que nada queda.

Sopla por el mundo un viento de

ARRIBISMO, el mal de llegar cuanto antes, de llegar al éxito, a la notoriedad, a las posiciones provechosas, de cualquier modo, por asalto si es posible, y ese mal roe a la juventud y le quita todas sus fuerzas positivas. Llegar no significa nada desde el punto de vista del idealismo creador; con ello apenas se logrará desacreditar las alturas, que se abajan para ponerlas al alcance de todos los audaces, y en las que de esa suerte no florecen sino las plantas raquílicas del medro individual.

Huya de ese triste apetito nuestra juventud, y oiga la enseñanza de Vasconcelos: el mundo no se reforma con frases, sino con el empuje de mentalidades preparadas al calor de la ciencia y de la meditación; de ener-

gías forjadas sobre el yunque de honradas convicciones. La política, con sus oropeles y su vocerío, suele aturdir a muchos, que en sus agitaciones ven un ambiente propicio a su esfuerzo, pero a nada grande ni bueno llevará ella si no se la toma como simple medio de luchar por ideas concretas y claras, respaldadas por sólidos estudios y no hijas de pobres improvisaciones retóricas.

...Amplio campo ofrece la vida a nuestra juventud; lo encuentra casi todo por hacer y su noble ambición tiene ante sí múltiples objetos, pero que no olvide ella cuáles son los caminos precisos para alcanzar victorias dignas de ese nombre y para dejar huella perdurable: los austeros caminos del estudio, del esfuerzo, de la independencia altiva, de la recia moralidad, esos que desdeña el arribismo vocinglero y que dan a la vida del que sinceramente los sigue, un incomparable sello de dignidad, de vigor y eficacia: lo único que permanece cuando se borra el rastro fugaz e inglorioso de los éxitos improvisados en la confusión de las luchas sectarias.

Nosotros y la Nueva Era

(FORMACIÓN DE LA CONCIENCIA AMERICANA)

A JOSÉ INGENIEROS.

Los grandes rasgos—excepción hecha de la gallarda actitud de la República Argentina frente a la Liga de las Naciones—: la política exterior de los países hispano-americanos de los años comprendidos por la guerra y la «paz» que la siguió, ha sido de la más absoluta y servil abdicación de la personalidad y la independencia colectivas... En cuanto a México—nuestro amado México—la cosa cambia de aspecto por completo. Su honrosa revolución, pletórica de virilidad y de sentido, ha revelado valores humanos de primera fuerza, que yacían oprimidos por la organización oficial de la ramplonería, la mediocridad y la ineptitud. Debido al esfuerzo recio y heroi-

co de tal vez más de dos generaciones de hombres (no de muñecos sobornables) el nombre de México es hoy unánimemente admirado en el Continente por la gente de conciencia; y todo el que ama la libertad y tiene una idea de la misión constructiva que nos toca realizar en América, rinde homenaje de reconocimiento y de respeto a la patria de Juárez.

Dado el abrumador desconocimiento que reina entre nosotros de la labor crítica y constructiva de la brillante generación de mexicanos que, desde 1910, ha asumido la responsabilidad de sus propios destinos, arrollando pujantemente todo lo que se opone al normal y armonioso desenvolvimiento

de sus aspiraciones e ideales, se hace pesado y laborioso desentrañar los orígenes del actual estado. ¿Cómo ha llegado México a producir hombres como Obregón, Caso, Vasconcelos, Lerdo de Tejada y cien más que operan, cada uno en su esfera, una vigorosa renovación de normas, leyes, costumbres e instituciones en su país? Se nos dirá: el fenómeno no es nuevo; México ha sido siempre fecundo en personajes políticos plenos de valor y de energía... Pero ahora no se trata sólo de eso. No se trata de empíricos de la acción, no se trata de patriotas más o menos leales a una causa, o más o menos afortunados en la lucha. Se trata ahora de un magnífico movimiento de madura gestación moral e ideológica; se trata del surgimiento de un grupo de hombres—todavía en su mayor parte desconocidos por nosotros—inspirados por una idea soberana, poseedores de una voluntad potente y ricos en esa generosidad y esa nobleza que sólo confieren a los hombres las grandes concepciones. No sería extraño que, en esta nueva época de nuestra historia—ciertamente más interesante y trascendente, por múltiples razones, que la de nuestra relativa independencia—la herencia de los Miranda, Bolívar y San Martín correspondiera a los hijos de Anahuac.

¿Y cuál es el mensaje político, social, humano, de estos pensadores revolucionarios, de estos hombres de pensamiento y de acción? Yo veo en ellos los primeros despuntes espirituales de nuestra gran raza del porvenir; los primeros chispazos de la gran conciencia genuina y autóctonamente americana que se forma (como antes de ahora lo tenía insinuado) frente a la ruina moral y material de Europa, y ante la amenaza del Dólar Imperial. Estos hombres de México son lo que hoy se llama «intelectuales», no aludiendo al tipo antiguo y anodino surgido a la sombra burguesa y protectora de las profesiones liberales (disfraz, pasable hace veinte años, de cómodo aunque estéril y nefasto parasitismo); sino a la consoladora figura moderna del ciudadano del mundo, del hombre capaz de sentir y comprender las necesidades, las penas, las aspiraciones y trabajos, no sólo de sus compañeros de secta, clase, casta, ciudadanía o profesión, sino también los de todo ser humano. No se ha trazado todavía—ni es posible hacerlo, porque aun están demasiado cercanos—la fisonomía moral de estos modernos «intelectuales» de Occidente, hombres más finos y ponderados, aunque de igual cepa espiritual y de igual vigor y fe humanos, que los admirados y admirables rusos. Son estoico-cristianos, levemente paganizados, con la envergadura y el meollo psíquico inefable

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	€ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

de nuestro inmortal Quijote, de nuestro cada vez más gigantesco mito. Han hecho de la vida un culto ético-estético-religioso, como herederos de Renán, que han pasado por el purgatorio del positivismo; como herederos de Ruskin que ignoraba a Oscar Wilde; como instauradores de las más hermosas aspiraciones de Amiel que pedía menos «cristianismo» y más amor a las doctrinas del Rabí... Y si bien un régimen social inferior al desarrollo de su espíritu, pudo hacer de ellos seres atormentados y rebeldes, ellos habrán impreso a la vida el sello ennobecedor de sus virtudes.

Hombres de esta naturaleza que, como hemos dicho, constituyen el producto más rico y depurado de la civilización moderna y se dan por doquiera, son los llamados a crear, a forjar, la nueva conciencia americana. Si de caracteres de ese tamaño y de esa índole, y mentalidades de semejante amplitud y sutileza, existen ejemplos en toda nuestra América, en ningún país, como en México, han sabido sentirse e interpretarse a sí mismos por modo tan certero y hermosamente apasionado; en ningún país como en México, han logrado tan eficaz grado de homogeneidad y cohesión. Sean cuales fueren las causas determinantes de este hecho (no difíciles de precisar si se examina detenidamente la cosa), es indudable que han asumido su papel dirigente con un vigor y una arrogancia que, sin degenerar jamás en matonismo o pedantería, se imponen a la vista del menos avisado.

En la organización de la vida para la nueva era, cuyo advenimiento unánimemente reconocen los pensadores y los críticos actuales, es indudable que a nosotros los americanos del Sur nos va a tocar—a menos que nos lo dejemos arrebatarse ignominiosamente—un papel preponderante. Se trata de algo más que de la «creación de un Continente»; se trata de la creación

de una mentalidad nueva, de una espiritualidad nueva, de nuevas maneras de pensar y de sentir, que ya palpitan, como el hijo en el vientre de la madre, no sólo en los acontecimientos importantes de nuestra vida pública, sino que han pasado a la categoría de anhelos cotidianos y de general inquietud. Hoy cualquier americano digno de este nombre, espiritual e intelectualmente engrandecido, vive enamorado del nuevo ideal de «americanidad», de ese ideal durante largo tiempo presentido, y al que las masas del capitalismo y de la civilización bélico industrial han venido a dar deslumbrantes resplandores. El día que las selectas minorías «intelectuales» se hayan convertido en considerable porcentaje en América, merced a las labores de propaganda y de cultura ya iniciadas con tan admirable empuje por los mexicanos; el día que al lado de cada redivivo Melgarejo, o cada imitador de Estrada Cabrera, exista siquiera un Vasconcelos o un Caso, ese día podrá decirse que ha rayado la aurora de la Nueva Era; ese día podrá decirse que se inicia la dignificación de nuestra vida individual y ciudadana, hoy sometida a los antojos y desmanes de cualquier inepto y menguado salteador del poder...

EDWIN ELMORE

Lima, marzo de 1923.

(Nosotros, Buenos Aires).

GACETILLA BIBLIOGRAFICA

Los grandes artistas líricos y dramáticos

Talma

La Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, acaba de publicar el primer volumen de su colección de biografías de grandes artistas líricos y dramáticos. Este volumen va dedicado al gran trágico Talma, cuya vida azarosa y complicada es de palpitante interés. Por las páginas de este libro desfilan los personajes de la Revolución francesa y Napoleón 1º, gran amigo de Talma y su más ferviente admirador. El relato, salpicado de anécdotas y profusamente ilustrado, es de lo más ameno.

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 8 a 11½ a. m.

Las camisas de Bolívar

DESDE los mismos tristes días de diciembre de 1830, purpurados con el ocaso de San Pedro Alejandrino, la voz del pueblo, que es la voz de Dios, y la que ha forjado siempre las más bellas leyendas del mundo, sintetizó para la posteridad una de las mayores y excelsas virtudes de Bolívar, el desinterés, en una frase admirable: «Murió sin camisa».

¡Y cosa extraordinaria y elocuente! En esta vez la leyenda fué intérprete fiel de la verdad; la voz del pueblo no se equivocó, como casi nunca se equivoca al juzgar a los héroes y apóstoles, a sus grandes benefactores.

Bolívar, al morir, no sólo no tenía «la camisa del hombre feliz», en busca de la cual tantas veces, en todos los tiempos y naciones, inútilmente se ha recorrido el mundo, sino que real y verdaderamente, el 17 de diciembre de 1830, bajo el techo hospitalario de don Joaquín de Mier, Bolívar no tenía camisa, y la explicación y las pruebas de tan sorprendente realidad histórica nos la dan su mayordomo y camareños de confianza, su médico de cabecera y los que hicieron con él, a sus órdenes, y después escribieron, la historia de Colombia.

El General Joaquín Posada Gutiérrez, su compañero y leal amigo hasta más allá de la tumba, nos refiere en sus «Memorias» que Bolívar empleaba la mayor parte de su sueldo de Presidente de la República «en socorros a las viudas, auxilios a los militares y limosnas a los pobres vergonzantes: hasta su quinta, en las intermediaciones de Bogotá, la regaló a un amigo suyo: el último soldado que acudiese a él, recibía cuando menos un peso: espadas, caballos, hasta su ropa misma, todo lo daba. Para ponerse en marcha de Bogotá en 1830, vendió su vajilla de plata, que sólo produjo dos mil quinientos pesos, y sus alhajas, caballos y cuanto le quedaba hasta reunir diez y siete mil pesos. Bolívar gozaba con delicia del placer de dar, que es placer de Dios». ⁽¹⁾

En el año de 1812 la aduana de Cruzao le embarga su equipaje en que llevaba todo lo que poseía entonces en dinero, alhajas y ropa de uso personal, y Bolívar no reclama ni se detiene en su marcha a Cartagena, donde llega como el paje de San Juan: «Ese rasgo, dice O'Leary, es característico de Bolívar. Nunca en el curso de su vida pública esquivó los sacrificios pecuniarios, aunque estuviera reducido a la más absoluta escasez». ⁽²⁾

Otro día de 1816, en Jamaica, se le presenta un compatriota en extrema miseria y desnudez. Bolívar llama a su mayordomo y le dice: «Entréguele usted una de mis camisas». A lo cual el mayordomo contesta: «General, sólo existe la que Vuestra Excelencia lleva sobre el cuerpo». ⁽³⁾

Al saber en 1821 que el gran ciudadano don Fernando de Peñalver, antes acaudalado terrateniente de Venezuela, se halla en la miseria, le escribe desde «Guanare», el 24 de mayo: «He sabido con mucho sentimiento que usted se halla en extrema pobreza, y como no tengo un maravedí de qué disponer, le envío a usted la adjunta orden para mi criado, que tiene mi equipaje, para que se lo entregue, lo venda y se socorra». Incluso iba esta orden para el criado: «Mi querido Dionisio: Entregue usted al señor Peñalver todo mi equipaje, y reciba todo lo que él devuelva; particularmente debe usted entregarle toda la plata labrada y cuantas alhajas tenga usted más».

Su fiel mayordomo José Palacios, quien lo acompañó hasta San Pedro Alejandrino, tenía razón de decir con amargura: «El equipaje de mi jefe y señor es también víctima de la guerra a muerte».

Todavía en 1829, un año antes de su muerte, cuando en prematura vejez veía acercarse su triste fin, escribía a su noble amigo el doctor Alamo: «Yo moriré como nací, desnudo. Usted tiene dinero y me dará de comer».

Podría hacer interminables las referencias, tomándolas de la correspondencia del héroe o de las memorias escritas por sus compañeros nacionales y extranjeros, entre otros Ducoudray-Holstein, Maillefer, etc., etc.

El 23 de julio de 1815 desembarcó en Santa Marta el General Morillo con el ejército pacificador, compuesto de ocho mil hombres.

«Morillo, refiere el historiador Restrepo, con el objeto de dar a los pueblos una alta idea de su ejército, le pasó revista en Santa Marta, y varias veces hizo ostentosas paradas. Repartió premios a los realistas que más se habían distinguido, y al Cacique de Mamatoco, aldea de indios distante un cuarto de hora de San Pedro Alejandrino, le puso él mismo en el pecho, en presencia de todo el Ejército, una medalla con el busto del Rey». ⁽⁴⁾

José de la Concepción Núñez y Manigua, alias «Minca Aracataca», el último de los caciques de aquella sierra, aunque no era realista, se había resignado a la dominación española. Sus antepasados habían defendido sus tierras con bravura, y en todas partes había batido a los conquistadores. El cacique de Mamatoco, sin embargo, no simpatizaba con la causa realista, pero tampoco con la de la República, porque tanto la una como la otra lo desheredaban de sus derechos. Mas, como era naturalmente pacífico y algo civilizado, se consagró a acrecentar sus bienes sin pensar en reivindicaciones.

Morillo lo visitó en su pueblo; lo mimó mucho; le habló de Dios y del Rey, y, por último, le rogó concurreniera a una cita para entregarle la condecoración. Llegado el día señalado, el cacique, una vez en Santa Marta, compró camisa, levita, chaleco y pantalones, arreglóse lo mejor que pudo, y se presentó al Pacificador. Mas, al recibir la medalla, se sintió humillado, y, temeroso de la censura de su tribu, no quiso volver a Mamatoco con insignias ni con vestidos distintos de los de su raza, y todo lo dejó en Santa Marta, en casa de su amigo don Faustino de Mier, donde años más tarde se veló el cadáver de Bolívar. Un criado del señor de Mier recogió las prendas desdeñadas y las guardó en un ropero de su amo ⁽⁵⁾.

El médico francés, doctor Próspero Révérend, que prestó sus servicios y acompañó al Libertador en su última enfermedad, refiere que: «Después de la autopsia y embalsamamiento del cadáver de Bolívar, el señor Manuel Ujueta, Jefe político, me hizo presente que nadie en la casa era capaz para vestir el cadáver, y a fuerza de empeños me comprometió a desempeñar esta triste función. Entre las diferentes prendas del vestido que trajeron, me presentaron una camisa que ya iba a ponerle, cuando advertí que estaba rota. No pude contener mi despecho, y tirando la camisa, exclamé:

—Bolívar, aun cadáver, no viste ropa rasgada; si no hay otra voy a mandar por una de las más. Entonces fué cuando me trajeron una camisa del General Laurencio Silva, que vivía en la misma casa ⁽⁶⁾.

Silva, grande amigo de Bolívar, se hallaba anonadado, y a la noticia de que no había camisa para el Libertador, corrió a su pieza, tiró del cajón de un armario que allí había, buscó,

(1) Capella Toledo. *Leyendas*. Tomo III, pág. 23.

(2) A. P. Révérend. *La última enfermedad, los últimos momentos y los funerales de Simón Bolívar, Libertador de Colombia y del Perú, por su médico de cabecera*. París 1866.

(1) A. Rojas. *Obras*, p. 542.

(2) *Historia de la Revolución de Colombia*. Tomo I, cap. X.

(1) Op. cit. Tomo I, p. 315.

(2) *Memorias*. T. XXVII, p. 82.

rebuscó, creyendo que aquello le pertenecía, y encontró, al fin, una camisa de olán batista, rica en encajes, pero amarillenta por los años, que había llevado el último cacique de Mamatoco el día que lo condecoró Morillo, y que ahora abrigaba el cadáver de Bolívar.

Tan ajustada a la verdad es la relación del doctor Révérend, que efectivamente en el minucioso inventario de los «Bienes que dejó el Libertador en San Pedro Alejandrino», aparecen inventariados «2 colchas, unos pantalones de paño, un colchón, 10 mantelitos usados, grandes y chicos, de dril, algodón e hilo», etc., etc., pero no se hace mención de una sola camisa ⁽¹⁾.

Las reliquias de Bolívar, envueltas en la camisa de batista del último cacique de Mamatoco, fueron primeramente sepultadas en una capilla privada de la catedral de Santa Marta; más tarde, por razones no muy claras, retiradas de allí y colocadas bajo la cúpula de la misma catedral, donde permanecieron hasta el año de 1842, en que fueron conducidas a Venezuela, en una ceremonia emocionante y para siempre memorable, y enterradas en la Capilla de la Santísima Trinidad de la Catedral de Caracas, panteón de la familia de los Bolívars. Por último, en 1876, el Gobierno de Venezuela dispuso que fueran depositadas en la riquísima urna obsequiada por Colombia en 1842, y trasladadas definitivamente al Panteón nacional de Caracas, donde hoy se encuentran.

Bolívar murió; pues, no hay duda alguna, sin camisa, y nunca, en su breve y maravillosa vida, encontró la del hombre feliz, porque Bolívar, como el hombre feliz, no tenía camisa.

CORNELIO HISPANO

P. S.—Al escribir «Las camisas de Bolívar», que publicó *El Tiempo* en su edición de 7 del presente, dejé olvidado en el tintero uno de los más bellos episodios relacionados con la escasez de camisas de Bolívar, y no me conformo que quede por fuera.

(1) *Boletín de Historia y Antigüedades de la Academia de Historia*. Bogotá, 1902. T. I, p. 41.

Refiere el hecho don José María Espinosa, llamado el abanderado de Nariño, en sus Memorias publicadas en Bogotá en 1876, al hablar de la entrada del Libertador a la capital después del triunfo de Boyacá. Había salido él con Maza al encuentro de los vencedores:

«Apenas habíamos andado dos leguas, cuando vimos venir un militar, bajo de cuerpo y delgado, a todo el paso de su magnífico caballo cervuno...»

«Maza reconoció a Bolívar que había dejado en el Puente del Común su escolta y edecanes y se había adelantado solo para entrar a Bogotá...»

«Vestía un uniforme de grana roto y lleno de manchas por todas partes, y la casaca pegada a las carnes, pues no traía camisa. Así hizo la campaña de los Llanos... Se conocía que hacía por lo menos un año que no se cambiaba la ropa. Un sujeto salió a la Calle Real en solicitud de una docena de camisas, fiadas, para llevarlas a Bolívar.»

Un testimonio más, e intachable, de que Bolívar, como el hombre feliz, no tenía camisa.

C. H.

(*El Tiempo*, Bogotá).

El maíz

[En el comedor de la ESCUELA NORMAL se reunieron los alumnos de los tres años normales; invitaron a los Profesores a un café servido con platos típicos hechos por las alumnas con el producto de una «milpa» cultivada por los muchachos: en la cordialidad de aquellos momentos, se dijeron estas palabras].

TIENE una piedra de sacrificio donde el grano torturado se cambia en blandura purísima: piedra que labró el indio, con mano de artífice muchas veces. Piedra de moler el maíz que evoca vivamente el hogar indígena: bajo el techo pajizo del rancho, junto al fogón que arde con la roja alegría de las llamas, está la india, escultura de arcilla nicoyana, arrodillada y doblegada sobre la piedra de moler. Maneja hábilmente la «mano de piedra» que tritura los granos blancos como de perlas, uno, dos, tres; uno, dos, tres... así, con movimientos acompasados, va convirtiendo el maíz cocido en blanca masa: luego, con ligeros movimientos, entre sus manos regordetas y morenas, «palmea» una redonda y blanca tortilla, que pone a dorar al calor de las llamas. Y ésta ha sido la tarea que, mañana a mañana, durante siglos, ha repetido la raza silenciosa y salvaje que vivía de la pureza de la tierra y de la adoración del sol.

Cuando los centauros iberos penetraron en sus selvas y el hambre y las fatigas y las fiebres tropicales los tornaban inútiles para soportar el peso de sus férreas armaduras, de sus espadas y sus lanzas, vieron al indio fuerte y ágil como su arco de palmera

y su flecha de barbas de pluma, alimentarse con el maíz nutritivo. Y los iberos pidieron el maíz a los indígenas, y lo encontraron tan noble como el trigo de la Península!

Y, desde entonces su éxito o sus fracasos dependieron en gran parte, en sus heroicas conquistas, de la abundancia o la escasez del precioso maíz. ¡Cuántas veces, ante el avance cruel del español, el indio americano, como única venganza, cuando ya tenía roto el arco, agujereado el pavés y sin flechas el carcaj, arrancaba sus milpas... Y el conquistador, tras el rudo trepar por las faldas del volcán, coronado de fuego, como un apóstol el día de pentecostés, o por las rocas peladas de las montañas, veía con tristeza y, a veces con terror, en los valles de las cumbres, en las mesetas plácidas, las aldeas de ranchos desiertas, y arrancados de cuajo los plantíos de maíz!

¡El maíz! La planta venerada de nuestros aborígenes: ella les daba el diario sustento: les brindaba para sus fiestas ceremoniales, el licor de sus delirios: la chicha, de maíz rojo, que recuerda al sagrado soma.

Una vez al año, celebraban los caciques de pintados arreos, la fiesta solar: reuníanse en el valle o a la orilla del río, y allí, con el cuchillo de pulida obsidiana, sajabábase la punta de la lengua, ante la multitud silenciosa, y hacían caer las gotas de sangre sobre escogidas mazorcas, como gotas de rubí sobre un joyel de perlas niveas. Y luego el pueblo comía devotamente aquel maíz, que era pan de paz y de fraternidad entre las tribus de natural sanguinarias y pugnaces.

De esa raza extinta nos queda en los museos, junto con el arco, la flecha, el parche de piel de iguana, y el plumaje gárrulo del Cacique, junto al

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA

vaso de arcilla decorado primorosamente, la piedra humilde de moler maíz, la del oficio diario, el «animal enano con tres patas y una mano», tal como lo define la adivinanza popular, o la otra, labrada fantásticamente por el artista primitivo.

Y el indio legó al español y al mestizo la tradicional piedra de moler; y aun hoy el *concho* usa la piedra indígena, y la tortilla de maíz es su pan diario y ordinario.

La casa de campo tiene cada mañana como primer oficio femenino «hacer las tortillas». El incomparable Darío viendo la escena dijo: «y una muchacha gorda y bonita sobre una piedra muele maíz».

Pero, con la civilización, las costumbres van cambiando. Ruskin, se lamentaba de ver cómo en su amada Inglaterra, iban desapareciendo las ruelas y con ellas la poesía de ciertas costumbres hogareñas. Así también, la máquina, invención del hombre del Norte que habla inglés, ha ido sustituyendo, con ventaja, a la primitiva piedra. Y en la máquina de hierro, la imaginación del fabricante pintó como marca de su producto, una cabeza de cacique empenachada con plumas de colores vivos y le dió el nombre de Moctezuma. ¡Gran acierto, inconsciente quizás! ¿Acaso no honra el maíz rey al Cacique indio del Anahuac, a aquel que vió la llegada de los hombres blancos?

Cada año, cuando el agua cae a tiempo, nuestros campos tienen un rico tapiz de esmeralda clara en abril. Crece el maíz en las faldas de las montañas, en los valles, a la par de los cañaverales verde-claros, de los cafetales de un verde mar oscuro. ¡La milpa! ¡La milpa tiene sus encantos peculiares, sus escenas, su animación y su vida propia! ¡La milpa donde las escandalosas *piapias* van en bandadas a picar las mazorcas; donde en los amaneceres cándidos se arrullan las palomas torcaces, y saltan silvestres conejos, y las codornices corren velozmente a ocultarse con sus numerosos polluelos... ¡La milpa es parte del alma campesina, tanto como el cafetal, los potreros y los cañaverales!

Crece el maizal y cambia su tono gayo de un verde de zafiro en un verde de esmeralda. Brota la mazorca, envuelta en su traje de velos verdes y múltiples; traje complicado y voluminoso como dama de la corte del Rey Luis de Francia, y suelta al sol benigno su cabellera de oro, de un oro tierno y suave! El campesino dice con júbilo que el maíz está en cabello y a las mazorcas que empiezan a desarrollarse las llama deditos de ángel. Las cañas esbeltas se empenachan con una dorada cimera: día a día crece la mazorca y va cuajando el grano; primero es de

leche, luego de perla, más tarde de marfil, y finalmente, cuando el grano está seco, es de topacio o de rubí, porque si lo general es el maíz de grano blanco, hay también de granos amarillos, de granos rojos, como de granada, que en collares rústicos el campesino confecciona para sus niños.

Con el *elote* brinda anticipados platos la planta generosa. La mazorca tierna es provocadora cuando se cocina, invita al mordisco de los dientes blancos, fuertes y bellos.

La fiesta del maíz tierno es real fiesta en nuestras casas. Allí está el *tamal de elote*, blando y sabroso, o la tortilla bien oliente dorada y tierna, que el pueblo llama ingratamente, aunque con justicia, «chorriada». Y no hay que olvidar la *mazamorra*, plato delicado y tan popular.

Tórnase duro el grano, la envoltura verde en traje de oro destefido, con el sol veranero y llega entonces la época de la recolección.

Van las carretas cargadas de mazorcas a las trojes: en la casa del rico *gamonal* se llenan los patios de pirámides de frutos: grupos de mujeres y

de niños, desde la mañana hasta la tarde, trabajan *destusando* las mazorcas, o desgranándolas a máquina. Entonces las milpas, que fueron como un escuadrón de infantería en traje de gala, quedan reducidas a filas de cañas amarillas que se tuestan al cálido sol y donde se posan los *lijos* negros y por donde vagan las bandadas de tórtolas buscando los granos perdidos.

El año es bueno si la cosecha de maíz es abundante: el campesino tiene asegurada la abundancia de su mesa y con ello la paz del hogar. En cambio, es año desgraciado aquel en que la lluvia no bajó a tiempo y el maíz sembrado se lo comen las hormigas, y las desmedradas milpas se tornan en *guates*.

El maíz es nuestra planta providencial: si con alguna planta compite el café, es con el maíz; éste debiera aparecer también en nuestro escudo.

Cuando los bucaneros de ferradas botas y fusiles temibles invadieron la tierra Centroamericana, en el morral de nuestro soldado, junto con la carne salada, puso la mano familiar el bizcocho duro, las rosquillas y las empanadas de maíz. La tortilla blanda es el alimento de los días de paz y bienestar, el bizcocho duro y resistente, que sólo se ablanda con agua hirviendo, es el de las épocas de infortunio y de heroísmo. Ese bizcocho de *totoposte* de maíz, agua y sal, duro como la desgracia!

Y en el alma de nuestro pueblo está vivo el culto a la planta generosa: cuando habla del afán diario, de la lucha por la vida, en su lenguaje pintoresco dice que: «hay que ganarse el maíz del año». Y cuando la desgracia cae sobre el hogar y desbanda la familia, dice: «se desgranó la mazorca»...

Señoritas y jóvenes: Bueno es el pan de trigo, pero el descastado cree que es vileza comer con tortilla de maíz. Volvamos del lado de nuestro pueblo, para comprenderlo y para amarlo, que es generoso como el maíz y hay que cultivarlo con amor.

Que este amor a las cosas de nuestra tierra, de nuestra América, os crezca cada vez más en vuestros corazones, que sólo amando las cosas propias es como se hacen los grandes pueblos!

CARLOS LUIS SÁENZ

Heredia, setiembre, 1922.

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Revista de Occidente

PUBLICACION MENSUAL

Director:

José Ortega y Gasset

Secretario de Redacción

Fernando Vela

Madrid

Apartado 12.206

Avenida de Pi y Margall, 7
(segundo trozo Gran Vía)

INDICE DEL NÚM. I

Propósitos.

Pío BAROJA: *Una Feria de Marsella*.
JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *La poesía de Ana de Noailles*.
JORGE SIMMEL: *Filosofía de la moda*.

NUEVOS HECHOS, NUEVAS IDEAS:

ADOLFO SCHULTEN: *Tatessos, la más antigua ciudad de Occidente*.
FERNANDO VELA: *El individuo y el medio: nuevas ideas biológicas*.
CORPUS BARGA: *La humanidad de espaldas*.

NOTAS:

ANTONIO ESPINA: *Libros de otro tiempo* (Galdós, Matheu).
A. E.: Gerardo de Diego, *Soria* (poesías).
ALFONSO REYES: *Espronceda*.
A. MARICHALAR: J. Cocteau, *Le Grand Ecart*; Radiguet, *Le diable au corps*.
C. B.: «La noche de Babilonia», por Pablo Morand (en *Fermé la Nuit*).
ASTERISCOS.
LA FLECHA EN EL BLANCO.
BIBLIOGRAFIA.

ORNAMENTACIÓN DE BARRADAS

Pida la suscripción

a los señores

Sauter y Cía.

Crisoralia

Partió el amante y me he quedado sola.
Sola otra vez. Así paso mi vida,
con soledad del corazón, muriendo
de la insaciable sed de hallar el alma
de un hombre tras las ansias de la bestia.
¡Son nada más que bestias! Sus caricias
carecen del aroma de las almas;
son palpaciones de la piel tan sólo;
de las mareas del instinto ascienden
con la viscosidad de las medusas,
y un olor de moluscos y marisma.
Para ellos el amor son los deseos.
Aquel temblor celeste de las carnes
bajo el influjo de un amor del alma
sólo una vez lo adiviné en un hombre;
mas no era para mí ese amor.

Lejano,
como la estrella de la tarde, estaba
ese hombre en el ambiente de mi vida.
Amaba a una mujer digna de amarse.
—Tal vez ni él mismo sospechó que amaba!...
En fin, yo no lo sé.

Dos o tres veces
me oyó cantar. Yo me turbaba toda,
y, sin embargo, en su presencia, siempre
por la puerta entreabierta de mi boca
la música del alma me salía.
Cuando al final de nuestro canto, hablaba,
era su voz un manantial, hilando
con los rumores de la linfa encajes
de iridiscente pensamiento. Poco,
nada quizás, en mi memoria queda
de la voz, de la música, del día;
pero en mis horas de visión le miro
como un brasero del color del ámbar
en cerrado fanal de concha perla;
era todo él una pasión de ideas,
un torbellino de emoción hecho hombre.

Cual sol poniente se perdió de vista;
en mi horizonte no se alzó su imagen
una vez más.

Como la virgen rosa
que de su tallo se desprende y cae
en lágrimas de pétalos deshecha,
se desprendió del árbol de la vida
la humilde flor de mi existencia oscura.
Yo era una flor cuyo perfume agreste
fuera de voz, fuera de alondras de oro
con nido oculto en la garganta mía.

Vinieron hombres a mi encuentro.

¡Oh Cielo!

qué raro filtro de Medea existe
en el misterio de la voz humana
que así seduce los rebaños de hombres!

Me condujeron a cafés cantantes.
En el salón rodaban los aplausos
las hojas de la selva y sus rumores.
Pero ninguno de los hombres vino
para decirme que en mi voz amaba
el diáfano cristal del alma mía.
Los besos en mi piel, las palpaciones
con la viscosidad de las medusas
y el repugnante olor de la marisma;
sólo para eso me buscaban siempre.

Oh tarde santa la de un mes de mayo,
cuando, riendo, me dieron el mensaje
del único hombre que no viera nunca
en torno de las mesas y los vasos,
del hombre aquel cuya palabra fúlgea
me llenó de relámpagos el alma.

¡Ay! ¿El también?... ¡No puede ser!—me dije
aquella noche en que no vino el sueño
sino un instante, al anunciarse el día.
¡No puede ser!...

y sin embargo, en lo íntimo
ya sentía quemándose un deseo
de que él, también, como los otros fuese.

Cuán cuidadosa esa mañana puse
toda mi gracia en el vestir un traje
de seda blanca, y en lucir mis joyas.

Qué secreto temblor hubo en mis carnes
cuando esperaba en su antesala, tímida,
y al mismo tiempo de confianza llena
en el encanto de mi piel de trigo,
en el hechizo de mi voz de cítara.

Se abrió la puerta; penetré en su estancia.
El me tendió su mano.

¡Qué vocablos
decir sabrían el poder oculto
de aquellas manos, cuyo tacto sólo
vertió en mi corazón la paz serena
de mi inocencia virginal de niña!
Me habló.

Con qué delicadeza puso
un encaje de seda en mi extravío.
La nubecilla de un rubor de rosas

fué tiñendo mi rostro lentamente.
 Hizo el elogio de mi voz. ¡Pintaba
 con su dicción de calurosas tintas!
 Con magia de un astrólogo o profeta
 desplegó ante mis ojos dos visiones:
 me ví feliz como una grande artista
 llevándome los públicos del mundo
 con festones de rosas sujetos
 a la carroza de mis triunfos regios;
 la dicha, y el amor, y las riquezas,
 a mi querer de reina se uncirían
 como cuadrigas de palomas blancas.
 En vez de hallarme en los cafés cantantes
 mi voz se afinaría en las escuelas,
 conservatorios y academias. Todo
 me lo daría la nación, mi patria,
 sin más deber que gratitud para ella.

La otra visión...

Dios mío, cuán sombría,
 con cuánta exactitud yo la he vivido
 estos quince años de morir viviendo.

Cesó su voz. No me atreví a decirle
 ni una palabra más allá de «Gracias».
 No sé por qué me pareció que un beso
 henchido con mis lágrimas diría
 más santamente la emoción de mi alma.
 ¡No pudo ser!

El me tendió su mano
 cuyo contacto derramó en mi cuerpo
 la diáfana quietud, la paz serena
 de mi inocencia virginal de niña.
 ¡No pudo ser!...

Me retiré orgullosa
 de ver un hombre como aquel, atento
 a mi destino, hablándome el lenguaje
 que hace brotar fuertes muñones de alas
 allí donde hay abatimiento o culpa.
 ¡No pudo ser!

Aquella noche estuve
 con mis amigos de café cantante.
 ¡Cómo se rieron de aquel sueño mío!
 Entre canciones de amapolas rojas
 crecía el trigo de mi nada impura!
 Toda mi juventud se derramaba,
 a manera de sangre de hechiceros,
 para regar mandrágoras malditas.

Y si embargo, sollozaba en mi alma
 una ansiedad perenne de encontrarme
 con otro ser que adivinase el mío.
 ¡No pudo ser!

Y la corona ardiente
 de maduras espigas de treinta años
 ciñe hoy mis sienes, como zarza y yedra.
 ¡No pudo ser!

Y en el umbral esquivo

para la dicha, aposentó una sombra
 de cuanto pudo ser. Tal la tragedia
 de mi existencia, la tragedia oculta,
 día tras día! Y en mi vino siento
 el dulce agraz de una ilusión fallida!

¡Fuera mejor dormir! Del sueño salgo
 con remembranzas fúlgidas que escurren
 por mi memoria, como gotas de agua
 sobre mi nuda piel después del baño;
 ellas le dan cristal a mi conciencia,
 y me parece que resurjo virgen
 del corazón, al despertar de nuevo.

Ni sé hacia dónde, cuando duermo, viajo;
 tal vez al mundo de los sueños, donde
 es realidad cuanto se piensa y quiere
 sin mediación de la deseosa carne.
 Allí yo creo mi palacio de hadas,
 donde se guarda un príncipe encantado
 con un don de belleza sin otoño,
 que es propia de los príncipes del alma
 que yo entreví cuando me habló aquel hombre.

A su solo recuerdo empalidece
 mi rostro como el césped, y la pena
 con pies descalzos, como un pajarillo,
 va recorriendo los senderos mudos
 en la selva recóndita de mi alma.
 A su solo recuerdo yo me siento
 primaverado el corazón con lilas,
 así como los campos y jardines
 cuando por mayo las mañanas rubias,
 las de tobillos blancos, las enfloran.

Aquí está ya el albor de la mañana
 con su regalo azul de luz del cielo...
 Recibiré la dádiva de un día
 más de dolor con gratitud de santa.
 Llevaré el sacrificio sobre mi hombro
 sonriendo, cual soportan las cariátides
 el ponderoso mármol de los frisos.
 Nadie conocerá mi pesadumbre;
 un sacrificio que contrae el rostro
 destruye la mitad de su belleza.

No cambiaría a mi sabor, las cosas:
 se muere de hambre el imprudente Midas
 si cuanto palpa se le trueca en oro.
 Yo me contentaré con el ensueño;
 con la taza de tiempo de aquella hora;
 con el vino en la copa de aquel beso
 que yo no dí y cuyo rumor me llega
 en la sonora concha de un recuerdo.
 Amado, a Dios en mis plegarias pido
 que no manche tu púrpura mi sueño!

Roberto Brenes Mesén

El colega

A MARGARITA y RENÉ AGUILAR
MACHADO, gentiles amigos.

No era filfa sino verdad, y tanta que Crisóstomo, el marrullero sacristán de San Marcelo, lo aseguraba y icuidado! que este era de los personajes más salientes de la aldea. No había que dudarlo: El difunto párroco Antonio Bussoni visitaba todas las noches la iglesia de aquel pueblo en donde había oficiado durante cuarenta años. Los habitantes del lugar, agricultores en su mayoría, sencillos, timoratos y creyentes, estaban poseídos de la mayor consternación aunque ninguno hubiese visto el fantasma cuya llegada se revelaba solamente por una música dulcísima que brotaba del órgano de la iglesia entre once y doce de la noche.

No faltaban viejos que aseguran no haber sido Bussoni aficionado a la música, pero a éstos Crisóstomo, lleno de convicción, afirmábase que el difunto sacerdote había adquirido habilidades artísticas en el cielo y que sólo quien fuera inspirado de lo alto podía producir sonidos tan hermosos. Y a la verdad que a no ser por el temor que inspiran siempre las cosas de ultratumba, regocijo y no alarma debían sentir aquellos aldeanos de vida monótona al oír las sonatas deliciosas que interrumpían el pesado silencio de sus noches campesinas.

A pesar de los muchos comentarios y del guapear de los mozos, nadie, inclusive Crisóstomo, el marrullero sacristán de San Marcelo, se atrevía a penetrar en la iglesia del toque de oración en adelante; y el tiempo pasaba, crecía el temor y la música nocturna no se interrumpía.

Para salir de dudas y tormentos se esperó la llegada de Juan Ryner, actual párroco del pueblo, quien había ido a pasar unos meses con su familia en la ciudad cercana. Creíase que cesarían las tocatas de Bussoni cuando se volviera a decir misa en el altar de San Marcelo. Juan Ryner, hombre ilustrado, de espíritu fuerte e independiente de creencias absurdas, enterado del asunto comprendió que en el fondo de él no había otra cosa que una burla de algún perillán, forastero sin duda, para con sus feligreses. Empero, por calmar a su pacífico rebaño, fingió creer en todo, prometió regar los altares con agua bendita y decir una misa por el alma de Bussoni.

Libre de importunos, al caer la noche, el padre Juan Ryner, armado de un látigo se dirigió al templo dispuesto cual nuevo Jesús para arrojar al profanador. Oculto tras los corti-

najes de un altar esperó. Once campanadas sonaron... El bronco sonido del enmohecido reloj de San Marcelo impidió se oyera el ruido de una puerta que se abrió en la sacristía... Un hombre entró y se dirigió al órgano llevando una linterna sorda. Ryner, con la atención fija en las puertas del fondo no le vió y asombrado volvió la cabeza al oír un vigoroso acorde que resonó entre las bóvedas sombrías... El primer impulso del sacerdote fué el de caer sobre el músico para castigarle sin explicaciones... pero logró contenerse y esperó... Entre tanto el ejecutante recorría con mano experta el teclado amarillento del instrumento, haciéndole vibrar con caprichosos preludios... Luego, en un dulce *pianissimo* dió principio a una melodía de

Mozart... música lánguida saturada de ternuras que tan pronto arrulla, como llora, que acaricia y se queja. Algo como un flúido magnético invade a Ryner, que permanece confuso. Aquella melodía le es conocida y evoca en su memoria épocas lejanas y queridas. Su niñez, su juventud, sus horas de ilusión y sus desesperanzas... Placer y dolor, todo desfila ante su pensamiento. El también había adorado el arte divino en sus días dichosos de quimeras juveniles... Por eso su emoción era intensa y su corazón lloraba. Lentamente, como atraído por fuerza oculta, fué hacia el órgano y tras él permaneció quieto. De pronto el músico inspirado se detiene, vacila, formula un acorde, luego un preludio y por último deja caer sus manos con desaliento. Parece haber olvidado el final de la hermosa fantasía... Ryner lo comprende así y con ademán rápido se adelanta, apoya sus manos en el teclado y finaliza con lucidez la partitura.

LYDIA BOLENA

El equívoco de la dictadura

...Dictadura en España? ¿Para qué? La atonía social en nuestra nación la deja sin defensa ante el veto de las oligarquías de clase y ante el «espíritu de cuerpo». El Estado carece de fuerza contra los pequeños Estados interiores y parásitos. Han sido posibles los mayores desafueros autoritarios sin que la opinión media se indignara, y, en cambio, el gesto de un obispo es suficiente para segar en flor una tímida reforma en sentido de libertad. El veto eclesiástico se interpone para impedir el respeto más leve al sentimiento religioso de las minorías, como si esos mismos pastores, celosos de la fe, no hubiesen, bendecido, por mediación de la Buena Prensa regida por ellos, el atropello gubernamental. ¿Será, pues, para imponer violentamente la libertad, que no puede venir por evolución, para lo que invocan un dictador nuestras ranas de Esopo? La dictadura por la dictadura misma sería una estupidez, una arlequinada macabra. Toda dictadura es un medio para un fin, para un fin que encuentre dificultades en el camino normal de su advenimiento. Y en España lo único que topa con obstáculos insuperables es la progresiva liberación. La dictadura por la libertad, ¡oh, paradoja!, sería la única actitud que tendría sentido entre nosotros. Y no porque la libertad sea impopular ni porque tuviera que chocar con una masa nacional empedernida en su bajeza, sino porque tendría que luchar

con resistencias de clase y profesión.

¿Para qué la dictadura contra una masa que se deja modelar como cera en manos de los gobernantes, al modo que deseó Ignacio de Loyola para sus jesuitas? En sentido de derecha, todo es posible en España. En sentido de izquierda, la más ligera intención de reforma suscita una vociferación de energúmenos y una ronca amenaza de levantamientos. ¡El verdadero dictador, en España, sería el Libertador, el que tuviese la osadía de imponer la oportunidad de las santas Inoportunidades! Una dictadura como la que se nos ha anunciado no sería para gobernar, sino para impedir que se gobierne; esto es, que se guíe y conduzca al pueblo hacia su capacidad de no tolerar dictadores. La única dictadura aceptable en ciertos momentos de transición es la que enseña al pueblo a no necesitar dictaduras, y ésa de que hablamos sería todo lo contrario.

El ideal de la buena gobernación no consiste en erigir sobre la voluntad del país el audaz imperio de una minoría armada. Consiste en apoyar sobre la voluntad electiva de las mayorías un régimen de garantía espiritual de las minorías. Y cuanto mayor sea esa garantía de los menos por los más, mayor será el grado de una civilización.

GABRIEL ALOMAR.

(La Libertad, Madrid).

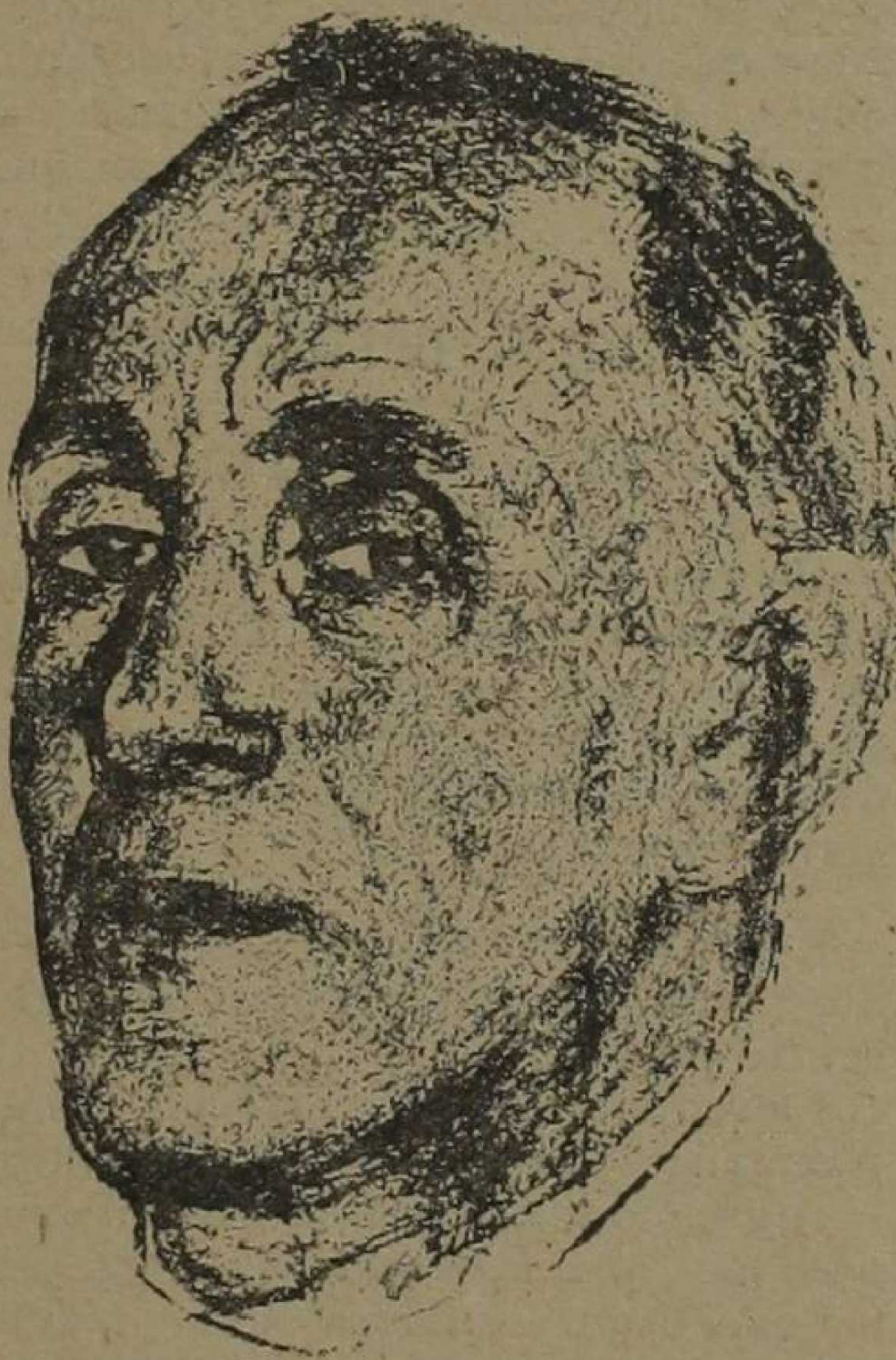
La fascinación del Atlántico

Los portugueses quieren renovar sus grandes tradiciones de navegantes, que es como querer restaurar su esplendor histórico. Sólo que ahora no será el mar, sino el aire, el medio de sus ensueños de aventura y dominio. La hazaña de Sacadura Cabral y Gago Coutinho, volando de Lisboa al Brasil, ha despertado mayores apetencias épicas. Ahora tratan de organizar la vuelta al mundo en avión. Los periódicos han abierto suscripciones para cubrir los gastos de viaje, y el público va respondiendo a diario con alentadora liberalidad. Uno de los más importantes, el «Diario de Noticias», hace en grandes letras y a toda plana el siguiente llamamiento: La travesía del Atlántico representó uno de los culminantes y más significativos hechos nacionales de los últimos cien años. La gloria de Gago Coutinho y Sacadura Cabral, patrimonio de la nación, conquistado en esa travesía, es la prenda más segura del éxito del proyectado viaje de la vuelta al mundo. ¡El país tiene el deber de confiar en los gloriosos aviadores!»

Estas palabras parecerán excesivas a quien las lea sin relacionarlas con el estado psicológico del pueblo portugués. La travesía del Atlántico en aeroplano es, sin duda, un enorme acto individual de valor y pericia. Se la ha comparado con las primeras travesías atlánticas en carabela. Pero entonces se iba a descubrir un mundo nuevo y fabuloso, América, destinado a revolucionar en todos los órdenes el planeta entero, y tal vez con el tiempo, ya no lejano, a enseñorearse de sus destinos. Ahora no hay nada que descubrir en la ruta de Occidente, ni en ninguna otra ruta. Lo único que puede hacer el hombre es acortar las distancias. En este sentido, la travesía del Atlántico en aeroplano es una gran conquista, que honra poderosamente a sus ejecutores y al país que tales temperamentos de energía y destreza produce. Pero digámoslo de una vez: es, en sí, una conquista un poco imaginaria. Porque el aeroplano será al buque de vapor y a la aeronave de gran tonelaje lo que el automóvil es al tren: un lindo y a veces necesario complemento, mas no un sustitutivo. Probablemente el uso más eficaz que el futuro reserve al aeroplano será como instrumento de guerra; pero tampoco parece que su máxima acción de combate esté sobre los océanos, si se le juzga a la luz de la última guerra europea.

Y a pesar de todo, esta hazaña de Gago Coutinho y Sacadura Cabral, que a los extraños parecerá algo su-

perflua, tiene para los portugueses un sentido profundo. En primer término, la consideran como una manifestación de la potencia racial, como una prueba de que el pueblo portugués es aún apto, no sólo para concurrir con los otros pueblos europeos en los afanes y progresos de la civilización contemporánea, sino para aventajarlos en algu-



El almirante GAGO COUTINHO

Apunte del natural, por
ANTONIO ORTIZ ECHAGÜE

(La Nación, Buenos Aires).

nas empresas. Los portugueses más inteligentes y sensibles al futuro se han percatado de que la crisis de su país es más moral que social y política. Moral, en este respecto: por olvido de su pasado, por desconfianza del presente, por desaliento para el porvenir.

La famosa frase de Herculano «Esto da voluntad de morir», ha sido, durante mucho tiempo, el apotegma predilecto de una gran parte del pueblo portugués. La revolución que acabó con la Monarquía portuguesa fué una sacudida vital, un deseo de seguir viviendo, frente a la decadencia que se produjo, a lo largo de los siglos, de una parte por la molición que trajeron a las clases directoras las riquezas de Oriente, y de otra, por la ignorancia y pobreza en que se mantuvo al pueblo. Pero la revolución, ocupada en consolidarse, no ha podido crear aún un ideal colectivo de gloria y esperanza. La entrada en la guerra

europea fué otro gesto de vida, realizado, no sólo como una obligación impuesta por la antiquísima alianza con Inglaterra, sino también como una medida de previsión para evitar cualquier despojo colonial a la hora del reparto del botín, al firmarse la paz; sabido es que Alemania había especulado largamente, antes y en el transcurso de la guerra, con las colonias portuguesas, las terceras en categoría como extensión territorial. La guerra empobreció y decepcionó aún más de lo que estaba al pueblo portugués; pero dejó intactas sus vastas posesiones coloniales. Ahora empieza a esbozarse un nuevo ideal, que podría denominarse el ideal atlántico, y con él adquiere sentido simbólico, iniciación de una política futura, la gesta de Sacadura Cabral y Gago Coutinho. De ese modo, lo que tenía trazas de ser un acto puramente romántico, sin ninguna trascendencia, se convierte de pronto en un principio de política realista, práctica, cuajada de sugestivas posibilidades.

Todavía sería difícil determinar lo que los portugueses entienden por ideal atlántico. Hasta ahora puede decirse que no ha salido del estado de nebulosa, de un conjunto de impulsos y anhelos embrionarios. He leído el libro, palpitante de emoción nacionalista, del notable escritor Juan de Barros, *Portugal, tierra del Atlántico*, que es un verdadero canto al atlantismo, una cálida exhortación a su país a que abandone su apatía y desesperanza y levante su vuelo—simbolizado en la travesía de Sacadura Cabral y Gago Coutinho—sobre la gran ruta oceánica. ¿Cómo? ¿Para qué? En la primera página de su libro, razonando la expresión *Portugal, tierra del Atlántico*, que le sirve de título, dice así: «Sin embargo, en la hora en que vivimos, cuando todas las energías de la raza se afirman de nuevo como capaces de realizar su permanente anhelo de expansión marítima, no veo otra mejor ni más nítida para caracterizar el resurgimiento del alma nacional y la continuidad histórica, bien visible otra vez, de la civilización lusitana». Luego habla de la «conquista de ese mar, conquista esta vez pacífica y económica». Para Barros el Atlántico es, sobre todo, un medio de restaurar en su país una ambición de gloria: «Y ese ideal nacional sólo puede ser, como tantas veces lo he escrito y dicho, un ideal de expansión atlántica». Uno de los capítulos lo titula: «Portugal, señor del Atlántico».

¿Sonríe alguien? Hace mal, porque todas esas expresiones de sueños atlánticos no pretenden ser frases de un programa de política inmediata, sino estímulos a la fe y la acción para un pueblo que ha perdido, como España,

todos los ideales históricos. ¿Y no es también el Atlántico, como ruta de América, más que África, un ideal español? ¿Y no podían, por lo tanto, ambos pueblos, Portugal y España, sumar sus esfuerzos frente al anglosajonismo? En esto discrepan, enérgicamente, hombres como Juan de Barros. (Pero sobre este tema de España y Portugal, tal como lo juzgan algunos portugueses eminentes, he de volver más despacio en otra ocasión). Prefieren el aislamiento completo, una acción de puro lusitanismo. Claro es que en inteligencia con el Brasil, y «no se trata sólo de una solidaridad sentimental», sino «de una real y verdadera aproximación de intereses de todo orden, que pueden ser tanto la conquista de ciertos mercados por los productos reunidos de los dos países como la propaganda de la lengua que Juan de Dios, Junqueiro, Gonsalves, Dias y Bilac, de Camoens, hicieron inmortal con palabras de igual sonoridad y con el ímpetu mellizo de su lirismo». Aquí hay, pues, en germen una idea de luso americanismo, un deseo de afirmar la cultura lusitana en el mundo y singularmente en América, en lucha, pacífica si se quiere, con las lenguas española e inglesa. Esa dualidad luso hispánica se agudizó recientemente entre la Argentina y el Brasil al negarse éste a reducir sus armamentos navales en la misma proporción que su vecina del Sur.

En suma, como se ve, Portugal tiene, por lo menos en la conciencia de algunos de sus hijos más distinguidos, un gran ideal de futuro histórico, que empieza a cristalizarse en heroísmos como el de Sacadura Cabral y Gago Coutinho. ¿Puede decir otro tanto España?

LUIS ARAQUISTAIN

Estoril, junio de 1923.

La vocación heroica de Portugal

LA visita de los aviadores portugueses Gago Coutinho y Sacadura Cabral es un suceso que no puede pasar por el teatro de la actualidad sin comentario, entre las efemérides oscuras. No es sólo por la fraternidad peninsular entre españoles y portugueses. Habríamos de ser cosmopolitas, vagos ciudadanos del mundo, sin otro domicilio que los cuartos de hotel y los vagones de ferrocarril, y todavía un alto interés humano nos llevaría a saludar a estos nautas y conquistadores del aire.

La gran epopeya humana, superior a todas las epopeyas particulares que

han inspirado las guerras civiles de la especie, es la conquista de la Naturaleza. Estos han sido los trabajos de Hércules del hombre, y en este largo poema, que es la historia de la civilización, los dos aviadores portugueses de la travesía sobre el Atlántico han puesto su estrofa.

Se percibe en la empresa de estos dos nautas del aire la herencia del genio heroico de Portugal. Con la vocación lírica, rasgo esencial de la literatura portuguesa y que tiene su expresión degenerada y popular en el fado, se ha unido en el pueblo peninsular vecino y hermano la vocación épica, manifestada en la historia y también en el poema de Camoens, que

La moral periodística del finado Mr. Harding

Dentro del periodismo, las siguientes reglas impuestas por Mr. Harding en el periódico que fuera de su propiedad (1), constituyen un verdadero decálogo, de la más pura y genuina elevación moral:

Recordad que en toda disputa hay dos partes opuestas. Tómese el parecer de ambas.

Llevad siempre la verdad por lema. Averigüense los hechos en todo asunto.

Alguno que otro error es inevitable, pero hay que esforzarse siempre por la exactitud. Prefiero una noticia exacta a ciento y media erróneas.

Portaos con decencia, con equidad, con desprendimiento.

Ensalzad: no desprestigiéis.

Todo el mundo tiene su lado bueno: buscádselo. Tratad siempre de no herirle a nadie su susceptibilidad.

Al dar cuenta de una reunión política, decid lo que pasó, no lo que os gustaría que hubiera pasado. Sed igual para todos los partidos.

La política que haya que hacer ya la haremos en nuestra plana editorial.

Trátense con reverencia todos los asuntos religiosos.

Evítese siempre que sea posible el que caiga ignominia sobre un ser inocente al tratar de las fechorías o desgracias de un pariente suyo.

Cumplid con vuestros deberes y obligaciones sin que os lo tengan que mandar. Proceded siempre con decencia y no dejéis jamás que se os escape una palabra sucia o indecente en vuestros escritos.

Deseo que salga este periódico tan bien escrito que pueda llevarse a cualquier hogar sin menoscabo de la inocencia de ningún niño.

(1) *The Marion Star*, Marion, Ohio.

es la principal epopeya de la Península. Nuestra epopeya se desgranó en los cantares de gesta y en los romances. En la época de la madurez y el clacismo, ante las hazañas de América, parejas de las de los portugueses en la India, sólo se producen poemas de ámbito menor, poemas locales, como *La Araucana*, de Ercilla.

Lo lírico y lo épico, opuestas actitudes de la poesía, tienen acaso una secreta afinidad. Algo de sensibilidad lírica, y de exaltación personal lírica hace falta para llegar a la aventura épica, aunque lo característico de ésta es que el héroe sea el intérprete y el guía de la comunidad.

* *

Portugal nació con un destino épico. Creado como un feudo dado en dote matrimonial con la mano de una infanta a uno de los condes franceses que habían venido a la cruzada de España en tiempo de Alfonso VI, conquistador de Toledo, tuvo como estímulo el poder de Castilla, grande ya cuando Portugal nacía. Celoso de su independencia, libertado pronto de la empresa de su reconquista de los moros, Portugal fué el Estado peninsular que tuvo antes una política internacional definida y que, aun mezclándose, como era inevitable, en las contiendas peninsulares, permaneció como a distancia de ellos, vigilante de su personalidad, que cuajó temprano. La defensa de su independencia fomentaba en Portugal el fervor heroico.

Se ejerció luego la vocación heroica lusitana en las empresas de descubrimientos y conquistas en Guinea y en las Indias, preparadas por D. Enrique el Navegante, desde su observatorio de Sagres. Vasco de Gama y Alburquerque, llegando con sus naves a Calicut y Goa, fueron los precursores de las hazañas que en otro mundo ignoto habían de realizar Hernán Cortés y Francisco Pizarro. Un portugués, Cabral, llegó también a América, y fué el fundador de uno de los grandes Estados americanos: el Brasil, más importante para Portugal y más influyente en su historia que las empresas épicas de la India, aunque tuviese en sus orígenes menor resonancia. La magnitud de los sucesos históricos suele ser el secreto de lo futuro.

Después de la brillante época manuelina, en que el Rey de Portugal envió a Roma aquella fastuosa embajada que llevaba al Papa, entre otros presentes, un elefante de la India, maravilla de los romanos (Italia no había vuelto a ver elefantes desde las guerras de Aníbal), la aventura de D. Sebastián en África fué como el testamento de la epopeya portuguesa, un testamento que es un libro de caballerías vivido, pero que se estrelló en la

dura realidad, enemistada por lo general con los libros de caballerías. Felipe II, el Rey político y prudente, nada partidario de las empresas africanas, trató en vano de disuadir a su sobrino de aquella loca y heroica cruzada, que feneció en Alcazarquivir.

El genio heroico de Portugal no se extinguió en las desventuras y en la decadencia. El sebastianismo permanece como un sentimiento mesiánico. La ilusión del quinto imperio que traza en su *Historia de lo futuro* el jesuita P. Antonio Vieira, en una época en que Portugal era «el Paraguay de Europa», según frase de Oliveira Martins es el último eco del sebastianismo. Mas todavía en la actualidad se percibe en los sucesos de Portugal el antiguo latido heroico. Es visible que la revolución de Portugal no ha resuelto la crisis lusitana; es notorio que su participación en la guerra europea no ha reportado a la nación hermana ventajas materiales, pero ambos hechos, no obstante su séquito de males inmediatos, que bien pudieran ser origen de bienes, guardan correspondencia con el ansia de grandeza, con el ímpetu heroico que caldea la historia de Portugal. La hazaña de los aviadores portugueses, guiada por un cálculo científico que facilita la dirección en las navegaciones aéreas sobre el mar, es un eslabón de esa cadena heroica.

Es lástima que no se hayan escrito en España libros como la *Historia de Portugal* y el *Portugal contemporáneo* de Oliveira Martins. Se podría apreciar en ellos cierto paralelismo entre la historia española y la portuguesa. Ese paralelismo no excluye el contraste. El esfuerzo español, aun en las épocas de mayor grandeza del Imperio hispano, es un esfuerzo diseminado, disperso en muchos objetos. La prolongación extremada de la reconquista y la multiplicidad de guerras locales hicieron

de España, continuando acaso una tradición ibérica, una tierra de partidarios, desde el héroe aventurero de América hasta el cabecilla. Un inmenso caudal de energías se ha dispersado y malbaratado en el curso de nuestra historia, en la que falta frecuentemente el sentido de la proporción, así en lo feliz como en lo adverso. Este desequilibrio dió a España imperios por mano, de un rebelde como Cortés, sublevado contra Diego Velázquez, y disolvió y desbarató un Imperio a fuerza de pelear en todas partes y contra todo, contra el orden con la picardía, contra la naturaleza humana con los excesos

del misticismo. Ahora mismo, después de la ponderada cordura de la neutralidad, estamos disipando sin gloria ni provecho, moneda a moneda, el capital de fuerzas que entonces quisimos ahorrar, en la guerra civil de las facciones interiores y en la guerra infausta de Marruecos, que por su curso y accidentes es otra guerra civil, como las del siglo XIX. Mas quede aquí la lamentación y saludemos al saber y al esfuerzo heroico, puestos al servicio de una obra civilizadora, por los aviadores portugueses.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

(El Sol, Madrid).

Análisis y consecuencias de la intervención norteamericana en los asuntos interiores de Cuba

(Discurso pronunciado el 27 de abril de 1923 en la Sexta Reunión anual de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional).

(Concluye. Véase el número anterior).

EL PRIMER AÑO DE MENOCAL.

SUBE el General Menocal a la Presidencia de la República y ocupa durante unos meses la cartera de Estado el Doctor Cosme de la Torriente, el cual supo también enfrentarse satisfactoriamente contra pretendidas intromisiones norteamericanas en dos asuntos de gran importancia: la reclamación llamada tripartita de Francia, Alemania e Inglaterra y la concesión hecha por el Gobierno para el Dragado de los puertos de la Isla. En ambas

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

quiso mezclarse el Gobierno de los Estados Unidos y el Sr. Torriente se opuso y logró que se dejara libre al Gobierno Cubano para resolver esas cuestiones.

EN PLENO INTERVEN- CIONISMO.

DEJÓ el Doctor Torriente la Secretaría de Estado y desde entonces hasta nuestros días hemos estado y estamos intervenidos por el Gobierno norteamericano; con esta particularidad, que la política intervencionista norteamericana lejos de haber sido, como se mostró durante la administración de Estrada Palma, *a posteriori*, esperando que los sucesos se desarrollaran para entonces actuar, se ha desarrollado por completo en la forma *preventiva*, que ya había ensayado, sin resultados, durante el Gobierno del General Gómez y los primeros meses del General García Menocal.

Se sucedieron, entonces, los nombramientos de expertos, asesores y consejeros extranjeros para distintos ramos de la administración, aparentemente *pedidos* por el Presidente, en realidad impuestos o exigidos a éste y las visitas constantes del Ministro norteamericano, fuera de las reglas diplomáticas, al palacio presidencial.

Pero estas intervenciones se acentuaron al surgir la revolución de 1917 contra la reelección de García Menocal.

LAS INAUDITAS PRO- CLAMAS DE GONZALEZ

ENTONCES se llegó al extremo inaudito de que el Ministro norteamerica-

Quien
habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una em-
presa en su género,
singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLAN-
TA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener
y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola,
Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta,
Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

no diera a los periódicos notas y proclamas, en que, arrogándose facultades ejecutivas, legislativas y judiciales, amenazaba directamente a los revolucionarios con un inmediato castigo y juzgaba de por sí la revolución, haciendo saber que no la toleraría.

Pero más inaudito fué que el Gobierno Cubano diera las gracias por esas notas pensando no en el honor de la República sino en que significaba un apoyo que a sus planes reeleccionistas le prestaba su aliado y amigo el Ministro González.

EL DERECHO A LA REVOLUCION

EN esas notas se sentaba también la doctrina sustentada entonces por el Gobierno norteamericano, de no prestarle apoyo a los Gobiernos surgidos de revoluciones. Errónea y contraproducente doctrina. La revolución de febrero de 1917 no se hizo para derrocar al Gobierno del General García Menocal, sino para impedir que se reeligiera por medios ilegales y violentos. Declararse en América en contra de las revoluciones es teoría utópica y ridícula. El derecho a la revolución es sagrado, y más en nuestro Continente. A él la deben su existencia todas nuestras Repúblicas; la revolución no puede condenarse. Las que son dañinas y perjudiciales son las dictaduras: y no son pueblos desgraciados y censurables los que se lanzan a la revolución para acabar con una dictadura, sino los que permanecen inconscientes y adormecidos soportando impasibles las violaciones de la ley, y las arbitrariedades de tiranos y dictadores. Las dos revoluciones que nuestra República ha sufrido, las de 1906 y 1917, fueron justas y explicables y demostraron que la conciencia cubana no estaba muerta, porque en ella palpitaba intensamente el sentimiento de la libertad, el del derecho y el de la justicia.

Con el apoyo del Gobierno de los Estados Unidos el General García Menocal dominó la revolución y continuó en el poder: pero desde entonces quedó atado a los que le apoyaron y ayudaron. Ya las intervenciones norteamericanas no revistieron la forma epidémica, sino endémica; fueron, no la excepción, sino lo normal y esperado.

LA LLEGADA DE CROWDER

NUEVOS y numerosos expertos; desembarco y permanencia de tropa americana en territorio cubano: y, por último, la llegada del General Crowder como Enviado personal del Presidente de los Estados Unidos, sin noticia siquiera del Presidente García Menocal. Que esto es verdad, lo prueban los cables, de los cuales poseo copia, diri-

gidos por la cancillería cubana a su Ministro en Washington para que protestase del envío del General Crowder e inquiriesse cuál era su misión. El Minnesota estuvo detenido, mientras se aclaraban estos particulares, fuera de nuestras aguas, hasta que se llenaron ciertos trámites, ya que no diplomáticos, al menos corteses.

Y el General Crowder empezó a actuar en todos nuestros asuntos económicos, políticos, administrativos, e intervino de manera decisiva en nuestro último pleito electoral presidencial.

En éste el Partido Liberal cometió un error imperdonable al recabar del Gobierno Norteamericano la supervisión de las elecciones. Y ocurrió entonces que el Gobierno por un lado y los jefes del Liberalismo por otro, se disputaban a porfía ver quien se captaba mejor y más pronto las simpatías y el apoyo del Enviado personal, para colocar aquél al candidato que apoyaba, en el poder; para lograr conquistarlo, los otros.

REGALO MAQUIAVE-LICO

TRIUNFÓ el candidato gubernamental, y, entonces, el presidente que lo apoyó, quiso hacerle, antes de que ocupara el poder, un regalo digno de Maquiavelo: el propio General Crowder: y, al efecto, por conducto de nuestra Legación en Washington, la Cancillería Cubana le hizo saber al Gobierno norteamericano sus siguientes deseos, según cable que conservo:

«Mayo 2 de 1921.

Cuban Lega.
Washington.

Estrictamente confidencial. Presidente Menocal acaba de saber que es posible se declare terminada en breve la misión del General Crowder aquí y que se le ordene regrese a Washington y Presidente desea que inmediatamente vea V. al Secretario de Estado y le manifieste lo perjudicial que sería para Cuba que el General nos dejare por ahora, puesto que están pendientes de resolución muchas cuestiones en que son de grandísima utilidad los consejos y experiencias del General por el conocimiento completo que tiene de todos nuestros problemas. Entre estas cuestiones está la financiera y aplicación ley Torriente, ceremonial, revisión constitucional, supresión del Ejército y fijación del presupuesto, que-

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: { de 9 a 11 a. m.
de 2 a 4 p. m.

riendo el Presidente que V. manifieste al Secretario de Estado que él tiene motivos para saber por informes fidedignos que el mismo doctor Zayas reconoce que la cooperación del General Crowder es altamente necesaria y se alegraría de que continuase aquí indefinidamente por el concepto de aptitud y honorabilidad de que goza entre todos los cubanos.

DEVERNINE».

El Dr. Zayas negó primero que él hubiese manifestado lo que en el cable se dice, aclarando después que vería con agrado la permanencia en Cuba del General Crowder.

Y, efectivamente, el Dr. Zayas comenzó su período presidencial teniendo también a su lado al Enviado del Presidente de los Estados Unidos.

La forma en que éste ha actuado en estos últimos tiempos, todos la conocen perfectamente. Ha intervenido en todos nuestros asuntos, inclusive en la renuncia y nombramiento de los Secretarios del Despacho; y ha contratado un empréstito que nos ata una vez más a los gobiernos y a la banca norteamericanos. De toda esta actuación conservo documentos y datos preciosos y desconocidos en su mayor parte del público: copias de los famosos memoranda, de notas, cables, tanto de procedencia cubana como americana. En su día verán la luz en un libro que preparo.

CARACTER DE LA ACTUAL POLITICA INTERVENCIONISTA

DE todos esos documentos sólo voy a citar ahora tres, en los cuales se determina, fija y define el carácter de la política intervencionista que los Estados Unidos están siguiendo en la actualidad con Cuba.

El primero es una carta dirigida por el General Crowder, desde el «Minnesota», al General García Menocal, en 25 de febrero de 1921, protestando del acuerdo del Ejecutivo del Partido Conservador contra la petición hecha por los liberales en favor de una supervisión electoral. Crowder declara en esa carta que los ciudadanos cubanos tienen el derecho de dirigirse al Gobierno norteamericano para que éste resuelva sus problemas internos.

He aquí los párrafos principales de dicha carta, de la cual conservo copia completa:

«Buque de los Estados Unidos
"Minnesota"»

Habana, febrero 25 de 1921

Querido Señor Presidente:

«Ayer se me facilitó una copia de la resolución del Comité Ejecutivo del Partido Conservador, proveyendo que

la condición previa para un acuerdo con el Partido Liberal, habría de ser el solemne compromiso con dicho Partido:

«De renunciar todo esfuerzo directo o indirecto, público o privado, acerca del Gobierno americano, con relación al problema electoral de Cuba».

Siento que se haya incluido el lenguaje antes transcrito, y que expresa, como condición previa, a cualquier esfuerzo unido en favor del restablecimiento de la necesaria cordialidad para que las próximas elecciones puedan llevarse a cabo dentro de las condiciones normales, y lo siento por las siguientes razones:

Primero: Parece completamente impropio e inoportuno traer, a la consideración y discusión, durante la presente crisis el procedimiento que ha de regir a los ciudadanos de Cuba, al someter al estudio del Gobierno de los Estados Unidos, materias que afectan a las obligaciones de los dos países según el Tratado, y a la responsabilidad al respecto del mantenimiento de un gobierno adecuado y estable en Cuba.

Mas adelante expresa Crowder en su carta:

«El deseo del Gobierno de los Estados Unidos de que la celebración de las elecciones por las autoridades, ofrezca una completa vindicación de la capacidad del pueblo cubano para llevar a cabo, mediante los órganos legalmente constituidos, su propia administración electoral.»

Y, por último, le hace saber a Menocal su deseo, que es más bien un orden:

«De que el lenguaje antes copiado, y que establece la condición previa, por uno de los Partidos, para concertar sus esfuerzos en favor de la armonía entre los partidos, será eliminado, al objeto de que los Comités de conciliación puedan acometer, desde luego, su importante labor.»

«De Ud. verdaderamente amigo,

(f.) E. H. CROWDER».

El segundo documento es una Nota enviada por el General Crowder a su Gobierno recomendándole que éste exija al de Cuba, como condición precisa para la contratación de un empréstito, una completa intervención norteamericana en las aduanas y en todas las oficinas y asuntos de orden fiscal, en la forma más parecida posible a la intervención que se practica en Santo Domingo:

«Habana, julio 3, 1921

«El primero de julio dirigí una comunicación al Presidente Zayas, manifestándole que aun cuando sin tener

instrucciones precisas de mi Gobierno, mi opinión era que, a fin de obtener la aprobación del Departamento de Estado para cualquier Empréstito, sería requisito previo e indispensable, primero que se apresurase el trabajo de la Comisión Mixta, a que me refiero en mi despacho urgente número 84 de junio 30, párrafo 3, de revisar el Presupuesto 1918-19, reduciéndolo, y las leyes de los impuestos, aumentándolos; y segundo, que se acompañen al informe de la Comisión Mixta cálculos prudentes, hechos por peritos, que demuestren al Departamento de Estado y a los banqueros de quienes se espera que se hagan cargo del Empréstito, que el exceso de los ingresos, sobre los gastos, sería suficiente para hacer frente al pago de los intereses y al fondo de amortización, sobre toda la deuda pública, incluyendo el Empréstito o los Empréstitos adicionales que se propusieran.

¿Debo continuar en esa actitud?

«No abrigo dudas de que Zayas solicitará, finalmente, que el Departamento sancione la emisión interior de bonos descrita en mi despacho urgente núm. 86, párrafo primero, para liquidar el déficit del Tesoro Nacional y también el Empréstito exterior descrito en el mismo cable, párrafos 3 y 4, el cual sería administrado por una

Hemos recibido

Poás, 3 de setiembre de 1923.

Sr. don Joaquín García Monge.

San José.

Estimado don Joaquín:

Hoy, en su «Repertorio Americano», ví la carta que, con motivo de la crítica de don Roberto a mi «Algo de Matemáticas», dirigí a Ud. hace algunos días; en ella vienen las siguientes erratas, por si Ud. cree conveniente puedan corregirse publicando la lista.

Pág. 355, columna 1ª, línea 6, dice: según; léase: seguro.

Pág. 355, columna 1ª, línea 10, dice: de; léase: da.

Pág. 355, columna 1ª, línea 68, dice: ...aquí; léase: «...aquí».

Pág. 355, columna 2ª, línea 4, dice: N; léase: n.

Pág. 355, columna 2ª, línea 10, dice: B^{B2} B^{B3}; léase: B^{B2} B^{B3}.

Pág. 355, columna 2ª, línea 10, dice: B^{Bn} léase: B^{Bn}.

Pág. 355, columna 2ª, línea 12, dice: N; léase: n.

Dispense, don Joaquín, tanta molestia a su servidor,

VITAL MURILLO

comisión financiera cubana, satisfactoria a los banqueros y al Gobierno de los Estados Unidos, siendo el total de los Empréstitos arriba mencionados considerablemente superior a la actual deuda nacional.

«No concibo que nuestro Gobierno sancione Empréstitos que se aproximen a estas cantidades, a no ser que se constituya aquí una supervisión americana de alguna clase sobre los ingresos del Erario cubano.

«No necesito advertir al Departamento que una supervisión completa, como la que se practica en Santo Domingo, encontraría aquí oposición muy determinada y, si llegara a establecerse, resultaría de ella, una crisis política, y, probablemente el abandono del Gobierno a una intervención americana.

«Como alternativa, en este caso sugiero que cuando se solicite autorización para estos Empréstitos se le haga saber al Gobierno cubano, que solo puede resolverse favorablemente la solicitud a condición previa de que el Gobierno cubano reconozca el derecho y autoridad de la Comisión Financiera Cubana y del Ministro Americano para inspeccionar e informar: Primero, sobre todos los presupuestos anuales y todas las leyes especiales del Congreso referentes a créditos adicionales a los dispuestos en el presupuesto, con anticipación a su promulgación. Segundo, sobre todos los Decretos del Ejecutivo situando créditos especiales, con anticipación a su emisión; y Tercero, sobre todas las leyes suprimiendo impuestos y estableciendo otros en lugar de los suprimidos, naturalmente con anticipación a su promulgación; y dejando la administración efectiva en manos del Gobierno de Cuba.

«De esta manera es probable que estuviéramos seguros, en todo tiempo, de que los ingresos serían adecuados para hacer frente a los intereses y al fondo de amortización de toda la deuda pública, incluyendo los Empréstitos adicionales».

Su Gobierno parece que no aceptó estas tremendas proposiciones del Enviado personal, y por las cuales quería poner al Congreso y al Jefe del Poder Ejecutivo completamente en manos suyas o del que ocupara el puesto de Ministro norteamericano.

¡Y todavía se seguirá sosteniendo que el General Crowder es un gran amigo defensor de los cubanos, y que a él debemos el que nuestra República subsista y el Gobierno de su nación no nos haya intervenido ya!

El tercer documento es la Nota enviada, a indicación de Crowder, por el Departamento de Estado norteamericano al Presidente Zayas, en 9 de febrero de 1922, sobre la interpretación

que el Gobierno americano dá actualmente a las Cláusulas Primera, Segunda y Tercera del Tratado Permanente, en el sentido de que de acuerdo con las mismas tiene aquél el derecho de intervenir y fiscalizar los ramos de nuestra administración que crean oportunos; Nota que fué contestada por el Presidente Zayas el 21 del propio mes, oponiéndose a esa interpretación.

En esos tres documentos está definida y confirmada la política intervencionista preventiva que el Gobierno de los Estados Unidos sigue actualmente en Cuba; política nefasta para nuestra patria, y que sólo puede practicarse, no de acuerdo con el espíritu del Tratado Permanente, sino valiéndose del derecho que les dá su fuerza y su poder y de la complacencia y complicidad de los Gobiernos cubanos.

Esta política ha traído como consecuencias en que se pierda más y más cada día la fé de nuestra soberanía y la confianza en el Gobierno y el esfuerzo propios; con la agravante de que no ha resuelto en definitiva ninguno de nuestros problemas, y está minando los cimientos de la nacionalidad. Y cuando más daño nos hace es precisamente cuando nos hace un bien, porque entonces el pueblo, mirando ese caso aisladamente, piensa que ese bien momentáneo se lo debemos a la intervención del Gobierno norteamericano, y generaliza en el sentido de que sólo de éste podemos esperar lo bueno que en Cuba se realice, sin acordarse de los antecedentes y sin pensar en las consecuencias.

En nuestro edificio nacional en ruinas, los Estados Unidos lo que hacen, al presentarse los problemas en que intervienen, es poner puntales que evitan la caída inmediata; pero para ponerlos necesitan escarbar, ahondar y destruir más los cimientos: la nacionalidad. El daño no se vé, porque la prosperidad de la tierra lo cubre aparentemente; pero la República se va destruyendo poco a poco.

¿Qué sacamos con que en un momento dado, por la intervención del General Crowder—, Enviado Personal o Embajador—, se sustituya un Secretario malo por otro Secretario bueno, o se interrumpa la realización de un negocio nocivo al país, si la causa o el causante productor del mal subsiste, y hasta se beneficia este último con ello? Es como si a un enfermo, para quitarle un dolor que lo martiriza, le diéramos un calmante que lo alivia, que lo mejora momentáneamente, pero que no le cura la enfermedad, y, además, lo lleva, al fin, a la muerte.

FRENTE A LA INTER-
VENCIÓN: PATRIOTISMO
Y HONRADEZ

ESTA es la verdad, dolorosa y amar-

ga, agravada aún más por estos dos hechos de extraordinaria y pavorosa significación y trascendencia: el que a diario, y cada día más, la tierra se nos vá, pasando a manos de los grandes capitalistas y empresas extranjeras y principalmente americanas, las cuales adquieren a su vez poder y fuerza incontrastable, no sólo económica sino también moral y materialmente, ya que en momentos de conflictos con el capital o el Gobierno cubanos, tienen siempre aquéllos a su disposición para defenderlos y ampararlos, en contra de Cuba, el Gobierno norteamericano.

Es necesario que en todo esto reaccionemos, si queremos salvarnos; que tengamos menos egoísmo y afán de lucro y más amor al país. Y en cuanto a los malos gobiernos, el pueblo no puede ni debe sufrir sus actos perniciosos. Usemos contra ellos todas las armas a nuestro alcance, para obligarlos a que cumplan con su deber, a que sean honrados y patriotas: las ramas judiciales y electorales. Usándolas debidamente, con entereza y energía no será necesario apelar a otros recursos extremos, a veces, sin embargo, indispensables y justos.

Y con patriotismo en el pueblo, con buenos gobiernos, con honradez administrativa, con confianza en el propio esfuerzo, entonces podemos enfrentarnos resueltamente frente a las intervenciones del Gobierno de los Estados Unidos en nuestros asuntos interiores, y obligarlo—mientras no llega el día deseado en que se convierta en un Tratado de amistad y alianza—a que se ciña y ajuste al espíritu y a la letra de los preceptos del Tratado Permanente. Haciéndolo así, podrá resplandecer entorces, en la constelación de Pueblos Americanos, libre, independiente y soberana, de hecho y de derecho, en sus relaciones exteriores y en sus asuntos interiores, la República de Cuba!

He terminado.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENDRING

Secretario de la Sociedad Cubana
de Derecho Internacional.

Del fino escritor cubano EMILIO ROIG de LEUCHSENDRING tenemos en prensa una pequeña colección de artículos de costumbres cubanas titulada *El caballero que ha perdido su señora*.

Búsquela, en las Ediciones del «Repertorio Americano».

Letras de América

DOS CORONACIONES

HA han circulado por los periódicos, dos meses atrás, las dos noticias. Coronación de José Santos Chocano en Lima. Coronación de Julio Flórez en Usiacurí. Peruanos y colombianos han puesto en las sienes de sus poetas unas hojas de laurel. Vistas desde aquí, ambas ceremonias nos parecen manifestaciones gemelas de un sólo espíritu: despedida a un pasado romántico; reconocimiento de lo que hay en él de puro y de noble; arranque para un más allá distinto, más amplio y más fecundo.

La coronación, si algo significa, es el término, el remate de la obra. Un poeta coronado en serio tiene que callar. Si no, el ruido de sus laureles apagará la voz de sus versos. Ya no se le oirá como antes. Será, para unos, objeto de superstición; para otros, curiosidad arqueológica.

CHOCANO

No nos equivoquemos, por todos los

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo..... Precio \$ 2.50
Simpatías y Diferencias (Tres series). Precio de cada serie " 2.50

dioses. En Chocano se corona, una vez más, a la elocuencia hecha poesía. Las inspiraciones suyas más ambiciosas pudieran tener su equivalente en los períodos irregulares y rotundos de una oración tribunicia. Basta leer la selección de poesías publicada últimamente en París por la casa editorial Franco-Ibero Americana en uno de sus elegantes tomitos, con prólogo de Ventura García Calderón, y leer el bello prólogo con cuidado, para darse cuenta. Faltan ahí algunas composiciones que nos agrada leer: el *¡Quién sabe, señor!*, por ejemplo, recordado y no superado después por el poeta mismo en el *Otra vez será...* que se leyó en la ceremonia de la coronación, el 5 de noviembre de 1922. Pero la selección es muy representativa.

A Chocano se le ha contado muchas veces por realidad la pura intención. Cuando dice del Paraguay en la «Oda Continental»:

*Y Paraguay, enguirnaldado de azahares,
al sacudir sus limoneros
perfuma los bosques
y revienta los cestos
en que las naranjas de oro
reclaman los exámetros de los bucólicos*
[griegos,

en realidad nos hurta la impresión. Viene a decir: ¡Esto qué bien lo can-

tarían los griegos! en lugar de esforzarse por arrancar la esencia del espectáculo en un canto, fuese en exámetros o en otra medida cualquiera.

Para colocar la poesía de Chocano en su propio lugar basta ponerla entre la de Darío y la de Whitman, sus dos polos. Al verso de Chocano le falta la virtud constantemente creadora de la palabra candente que se observa en Darío. Menos minucioso, se dirá; no es menos minucioso: es menos rico, es casi pobre. Carece también, cuando adopta el procedimiento enumerativo, de aquella vertiginosa variedad concreta que bulle en el poeta del Norte, en Whitman.

¿Qué quiere decir cuando, bajo el título de una composición «La epopeya del Pacífico», escribe: «(A la manera yanqui)». Vémoslo:

*Los Estados Unidos, como argolla de bronce
contra un clavo torturan de la América*

*[un pie;
y la América debe, ya que aspira a ser libre,
imitarles primero e igualarles después.*

*Imitemos, ¡oh Musa!, las crujientes estrofas
que en el Norte se mueven con la gracia de
[un tren...*

Las «crujientes estrofas» únicamente imitadas aquí son las de la oda «A Roosevelt» recordada por todos, la cual no tiene de «yanqui» más que el asunto. Pero cuán débiles algunos versos que aspiran a sonar como el bronce: véanse no más el tercero y el cuarto que antes se citan. De estos puntos muertos, inevitables en la poesía «elocuente», está lleno Chocano. Lo que nos desagrada en él es lo que ya no oímos como cosa actual en nuestros poetas elocuentes, lo que nos desvía de los versos de Quintana a los mismos que nos inclinamos ante su noble espíritu.

Nos atraen, por otro lado, los frecuentes aciertos de buen poeta, pero de buen poeta menor, que hallamos en sonetos y poesías menos ambiciosas. Nos interesa la exótica policromía de la «Oda salvaje», sin que acertemos a comprender su título. Nada menos «salvaje» que este aventurero genial, como le llama Ventura García Calderón. Todo salvajismo, todo impulso elemental, está desterrado de su poesía: cuando en el comienzo magnífico de «Sensación de olor» parece que va a darnos un nuevo sentir, se arrepiente, y acaba como un poeta de las familias. «Todo mulato joven, todo indio cálido de nuestras tierras, quiere ya, como él, estrangular serpientes en la cuna...» —dice el precitado crítico. —Y este es el mal. Estrangular serpientes en la cuna será portentosa hazaña, si se las estrangula de veras; como no sea sólo imagen retórica.

La confusión romántica entre la obra y el hombre persiste en torno a

Chocano. También lo apunta su crítico: inocentes extravagancias de juventud, inofensivas puerilidades de adolescencia literaria. «Sus corbatas, sus cabellos, sus versos sobrepasaban la medida común...» «Acusaba entonces a Homero de haberle plagiado las metáforas; y hablaba de Víctor Hugo como Jesús de Juan...»

Una vida romántica, una poesía elocuente, bien merecen la pompa de una coronación oficial.

FLOREZ

Julio Flórez pasó por Madrid hace unos años. Romántico de otro tipo que Chocano; todo delicuescencia y ternura. Su rostro moreno, adornado entonces de cabello y bigote negrísimo, su atavío discreto, componían la figura de un hombre del pueblo. Escribía versos demasiado tristes, demasiado suaves. En el soneto a su madre, por ejemplo, no faltaba ni el «¡ay!» de la poesía romántica. Pero, de pronto, aquello terminaba con una emoción que hacía pensar en los sonetos de Antonio Nobre:

*Yo la adoro!... La adoro sin medida,
con un amor como ninguno grande,
grande!... A pesar de que me dió la vida!*

Mas llegaba ahí sin aquel corrosivo humor del lírico portugués, que era la aristocracia de su arte.

Enfermo en el balneario de Usiacurí, recibió la corona y oyó los discursos, las poesías del homenaje que se le tributaba. Un periódico de Colombia, al dar cuenta del acto, dice: «Durante esta imponente ceremonia, el poeta estaba rodeado de sus cinco hijos y su esposa. Flórez está desfigurado, casi en estado agónico; apenas si puede moverse y no le es posible articular una palabra».

Esta coronación, en un refugio de salud provinciano, conmovedora por su espontaneidad y sencillez, se ajusta perfectamente al carácter llano y cordial de su poesía. Es la otra despedida que cabe dar al romanticismo, al romanticismo sin penacho ni galopadas históricas, al que se cobija entre las pendientes ramas del sauce y saborea con delectación la tristeza propia. «Gotas de ajeno», quiso llamar Julio Flórez a una serie de sus poesías. En el fondo de su copa romántica, halló siempre amargura. Probablemente su historia—, tan distinta de la de Chocano—, es la historia antigua, siempre nueva, de que habla Heine: una historia vulgar; pero al que le pasa, le destroza el corazón.

Dejemos consignada la fecha de esta ceremonia: el 14 de enero de 1923.

E. Díez-CANEDO.

(España, Madrid).

Los campesinos búlgaros

...La ola «verde» de los agrarios es un movimiento demasiado poderoso en la Europa oriental, más poderoso, en realidad, que el bolchevismo comunista, para que desaparezca de la noche a la mañana de un país como Bulgaria, en el que se había arraigado. Tiene que haber lucha. Después de todo, es bueno que la haya. De los movimientos políticos puede decirse lo que de las aves, y es que, lejos de serles desfavorables en su vuelo la resistencia del aire, ella es lo que les sirve de sostén.

Se trata de un movimiento de incalculable importancia. Recordamos que antes de la guerra hubo socialistas alemanes, como Hildebrandt, que llamaron la atención de sus correligionarios acerca del peligro que entrañaba para su movimiento su carácter casi exclusivamente urbano e industrial. Decía Hildebrandt que los campesinos se estaban haciendo los amos del mundo, como lo demostraba la baja constante de los artículos industriales y el alza, también constante, de los productos del campo. Este fenómeno

parecía indicar que los campesinos imponían la ley igualmente a los patronos y a los obreros industriales.

Se sugería con ello la posibilidad de que triunfase un día el socialismo en las ciudades, pero se encontrasen los obreros con que se morían de hambre, porque los campesinos imponían condiciones demasiado onerosas a sus imprescindibles alimentos, en tanto que los obreros no podían imponer condiciones análogas a las manufacturas, por la mayor facilidad con que prescindían los campesinos de los productos industriales.

Ni en la misma Rusia se ha logrado evitar totalmente esta contingencia, a pesar del cuidado que han tenido los Soviets en dar a los obreros de la ciudad una participación mayor en el Poder político. Los campesinos no han impuesto, en verdad, sus condiciones; lo que han hecho es trabajar menos la tierra, y el resultado ha sido la escasez o el hambre para todos: campesinos y ciudadanos, obreros, intelectuales y labradores.

La vida

EL APIARIO DE LA
RESIDENCIA DE ESTU-
DIANTES.

Yo, que asistí a la inauguración de los colmenares de la Residencia de Estudiantes, va a hacer dos meses, ⁽¹⁾ he ido ayer para ver cómo ha prosperado esa obra medio de albañilería medio de repostería a que se dedican las abejas.

Claro que el sacerdote D. Isidoro Hernando y su hermana doña Basilisa me esperaban. Hay que hacerles profesores de apicultura, pues ese digno sacerdote, en vez de pastor de ovejas creyentes, ha nacido para pastor de abejas.

Ya lo decía en una Real orden el Ministerio de Fomento, a propósito de la enseñanza apícola: «habiendo necesidad de tener una vocación especial para obtenerla, y de aquí la imprescindible necesidad de estimular este estudio, pues no hay que olvidar que las abejas no admiten ni toleran brusquedades ni violencias de carácter, siendo de absoluta necesidad tratarles con cariño y dulzura».

En un mes y medio han producido los enjambres implantados más de 35 kilogramos de miel.

Ahumado constantemente por el aparato manejado por el apícolo sacerdote, las abejas me respetaron y supe que Madrid es admirable para el cultivo de la miel y que está plagado de flores milíficas. Ahora, que llueva en agosto, «porque lloviendo en agosto llueve miel y mosto».

Después, el quijotesco colmenero y su hermana—¡qué lástima que Don Quijote no tuviese una hermana con tan patriótica y célebre figura como la de él—me regalaron una botella de hidromel, la bebida hecha con miel que las walkyrias daban a los héroes en el Walhalla, digna bebida de los poetas, que repartí y escancié anoche en Pombo en viejos cálices de vidrio, y que a todos supo a gloria, y eso que faltó beberla en el vaso natural para esas bebidas, que es el cuerno montado en plata, el cuerno limpio y adornado, que es el vaso natural y paradisíaco por excelencia.

SACRISTANES ELEC-
TRICOS.

Se ha inventado el modo de hacer sonar las campanas sin que los sacristanes tengan que ahorcar sus fuerzas del difícil cordel cada vez que tocan.

(1) Véase el N° 15 del «Repertorio», tomo en curso.

Ultimamente, en la feria de París ví dichas campanas, y a su lado, en regateo con los vendedores, a esos señores enlutados y con una calva que comienza en la frente y se une a la posible coronilla, que compran las imágenes, y las campanas, y las custodias de oro en nombre de sus monseñores.

Sentí frente a esas campanas desconceptuadas por el aparato eléctrico,

que no se puede faltar al ritual del culto sustituyendo lo que ha de ser humano esfuerzo y devota acción del sacristán, por la cosa automática y desprovista de sentimiento religioso.

Así como no podemos llegar nunca al cura mecánico y gramofónico, repugna también pensar en esas campanas, que ya no obedecen en sus arrebatos y lugubreces al desgañitamiento del fervor humano, del arrebato litúrgico.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

El retablo de maese Falla

GRAN fiesta en el palacio de la princesa Edmond de Polignac. Brilla en la noche el charol de los automóviles mudos, bajo los castaños de la avenida. Junto a la verja ronronea el corro de los «chauffeurs». Al pie de la escalera, medio desnudan a las damas los lacayos con los brazos cargados de abrigos. Descotes y pecheras se envían mutuamente sus fuegos a través de las salas. Hay escote cercado de pecheras y hay pechera cercada de escotes. Así se halla Paul Valery, el poeta de hoy, que hace gestos de naufrago entre las ondas de los hombros femeninos. En el quicio de una puerta, Henri de Regnier, el poeta de ayer, se halla todo rígido y despreciativo como sus bigotes cadentes y su monúculo altanero. El músico Stravinsky es un ratón entre las gatas. Y el pintor Picasso, de etiqueta, y rodeado por todas partes, parece que está apoyado en una esquina y que tiene la gorra caída sobre una ceja. El pintor José María Sert parece que nos hace los honores del palacio. Pero de los poetas, pintores y músicos—la corte de la princesa

Edmond de Polignac—, el héroe de la noche es el maese Falla.

Rebosa el salón del teatro de la princesa. Quedan fuera, por las puertas, manojos de colas de frac. La escena es de guiñol. Los muñecos representan a Don Quijote, a Sancho, a maese Pedro, al muchacho que explica el retablo y a los demás personajes de Cervantes en el «Quijote», capítulo XXVI. El retablo con sus títeres: Don Gaiferos, Melisendra y los otros, se abre también ahí, en el teatro de los muñecos: es el guiñol del guiñol. Por la oposición de irrealidades entre los títeres y los muñecos, se ve la razón de la sinrazón de Don Quijote. Melisendra es tan de verdad como maese Pedro. Los pintores y escultores Lanz, Ortiz, José y Hernando Viñes han montado este profundo guiñol con toda su gracia de chicos de chicos. Entre las manos ocultas que mueven a todos los muñecos, la del pianista Ricardo Viñes, héroe de la mano, es la que maneja al héroe del manco. En la orquesta recitan el «Quijote» las voces de Don Quijote, de maese Pedro y del muchacho que explica el retablo. Ahora sólo les falta a ustedes oír la música para saber lo que es esta obra de Manuel Falla.

La última de Stravinsky: «Bodas», estrenada esta temporada en los Bailes rusos, y asimismo tocada por primera vez antes en el salón de la princesa, tiene una música que le coge a uno por los oídos y le arrastra con una cadena hecha a golpes. La música del «Retablo» también le sujeta a uno, pero como esos taconeos de bailadora que dicen: «Sígueme». ¿Quién se resistiría? Su paso por el salón de la princesa de Polignac echa a volar todos los aplausos. El maestro Falla se va con su música a Granada.

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

París y junio.

CORPUS BARGA